

# EL CAPELLÁN DEL DIABLO. CIENCIA Y RELIGIÓN EN RICHARD DAWKINS

MARIANO ARTIGAS

SUMARIO: 1. GERIN OIL (GERINIOL). 2. EL RELOJERO CIEGO. 3. GENES, MEMES Y VIRUS. 4. CRITERIOS DE VERDAD. 5. TRES ARGUMENTOS CONTRA LA RELIGIÓN.

*Resumen:* Richard Dawkins, que detenta la cátedra de *comprensión pública de la ciencia* en la Universidad de Oxford, es un ateo beligerante que ataca frontalmente a la religión. En su libro *El capellán del diablo* presenta sus críticas, que se han radicalizado a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Esas críticas parecen venir avaladas por la ciencia, y Dawkins presenta a la ciencia y la religión como opuestas e irreconciliables. Aquí se analizan los argumentos de Dawkins, especialmente en su presunta relación con la ciencia.

*Palabras clave:* Ciencia, Religión, Evolución.

*Abstract:* Richard Dawkins holds the chair of *public understanding of science* at Oxford University. He is a combative atheist who attacks religion in a very direct way. In his book *A Devil's Chaplain* he presents his criticism, which has been radicalized since the events of September 11, 2001. Dawkins' arguments are apparently supported by the sciences, and he represents science and religion as irreconcilably opposed. Here Dawkins' arguments are analyzed, particularly in their alleged relation with science.

*Keywords:* Science, Religion, Evolution.

Según una lista publicada por la revista *Prospect* en octubre de 2005, Richard Dawkins era uno de los 100 intelectuales más influyentes en la actualidad<sup>1</sup>. En esa lista Dawkins venía calificado como «biólogo y polemista». Ha publicado libros famosos como *El gen egoísta* y *El relojero ciego*. Después de haber enseñado zoología en la Universidad de Oxford, se creó en esa misma Universidad la cátedra Charles Simonyi para la *comprensión pública de la ciencia* (*public understanding of science*). Charles Simonyi ha ganado mucho dinero trabajando en Microsoft, y ha destinado una parte de su fortuna a pagar la cátedra para que su amigo Dawkins, liberado de cualquier obligación, pueda dedicarse a los trabajos y publicaciones que realmente le interesan y a promoverlos en público, cosa que realiza con bastante energía y eficacia.

Dawkins es un gran comunicador. Ha encontrado metáforas que se han hecho famosas, y escribe con tono brillante y apasionado. Es realmente un polemista, y la religión se encuentra en el centro de sus polémicas. Es ateo y enemigo declarado de la religión. En sus escritos mezcla la divulgación científica con sus tesis extremas y provocativas en contra de la religión. Ha puesto a uno de sus últimos libros el título *El capellán del diablo*<sup>2</sup>. El título es más significativo de lo que parece a primera vista. En realidad es una frase de Charles Darwin, quien escribió en 1856 en una carta a un amigo: «Qué libro escribiría un capellán del diablo acerca del torpe, despilfarrador, desatinado y horriblemente cruel mecanismo de la naturaleza»<sup>3</sup>. Darwin no llevó a cabo esa obra. Dawkins ha recogido la llamada. Frente a quienes creen descubrir a Dios en el orden, la armonía y las maravillas de la naturaleza, Dawkins subraya el carácter despilfarrador, desatinado y cruel de los procesos naturales, y ve en ello una muestra de que la naturaleza no está regida por Dios, sino por los mecanismos impersonales de la evolución por variaciones al azar y selección natural.

El mismo número de la revista *Prospect* que le incluye en la lista de los intelectuales principales del mundo contiene una crítica feroz de Dawkins contra la religión<sup>4</sup>. Con la particularidad de que en ese artículo ni siquiera se menciona la religión.

1. «Top 100 World Public Intellectuals», *Prospect*, octubre 2005, 24-25.

2. R. DAWKINS, *El capellán del diablo. Reflexiones sobre la esperanza, la mentira, la ciencia y el amor*, Gedisa, Barcelona 2005.

3. *Ibid.*, 17.

4. R. DAWKINS, «Opiate of the Masses», *Prospect*, octubre 2005, 16-17.

## 1. GERIN OIL (GERINIOL)

En ese artículo, Dawkins describe los efectos de una droga a la que denomina *Gerin oil*, o con su nombre científico, *Geriniol*. Es una poderosa droga que actúa sobre el sistema nervioso, produciendo efectos de tipo anti-social y auto-destructor. Si se la administra habitualmente en la niñez, al llegar la edad adulta puede producir serios desórdenes muy difíciles de tratar. Los diecinueve secuestradores del 11 de septiembre se encontraban bajo el efecto de esa droga, que cuenta en su haber la caza de brujas y las masacres de sudamericanos por los conquistadores, además de la mayoría de las guerras europeas en la Edad Media y otros conflictos contemporáneos como los de India e Irlanda. Los adictos de la droga pueden enclaustrarse en comunicados cerrados donde se prohíbe, de modo obsesivo, la actividad sexual, se reduce el placer sexual de los demás, y se condena la homosexualidad. La droga puede tener efectos alucinógenos, llevando a oír voces interiores o a ver visiones, lo cual lleva a quienes tienen esas experiencias a ser respetados como líderes. Esto puede llevar a la fantasía canibalística de comer la carne y beber la sangre del líder. También al miedo de ser torturado en un mundo fantástico después de la muerte, y a la creencia de que los sufrimientos de unas personas pueden pagar por las malas obras de otros, lo cual se denomina «redención». Como sucede con muchas drogas, dosis bajas no resultan dañinas e incluso pueden servir como lubricante social para bodas, funerales y ceremonias oficiales.

A estas alturas no resulta difícil advertir que Dawkins está hablando de religión, aunque no la mencione ni una sola vez. *Gerin oil* y *geriniol* son anagramas que se forman cambiando el orden de las letras de la palabra *religion*. Dawkins se pregunta por qué una droga tan peligrosa no está prohibida, y se admira de que, por el contrario, se pueda conseguir en cualquier parte del mundo sin receta. Sus promotores están organizados, y ocupan puestos principales. Los gobiernos les eximen de impuestos, e incluso subvencionan escuelas dirigidas a enganchar a los niños.

La hostilidad de Dawkins hacia la religión no es nueva, pero ha cobrado nuevas dimensiones a partir del 11 de septiembre de 2001, y de los posteriores actos de terrorismo que se realizan en nombre de la religión. En el artículo de Dawkins se incluye la foto de un joven musul-

mán, elegante y sonriente, con cara de felicidad, haciendo un gesto de triunfo. Está celebrando la noticia de que le van a ejecutar por el brutal asesinato de un gran número de turistas a los que no conocía. No tiene remordimiento sino felicidad. Es un típico producto de *Gerin oil* puro. La conclusión de Dawkins es inequívoca: necesitamos protegernos de esos criminales, pero el problema dejaría de existir si se protegiera a los niños para que no se conviertan en adictos a una droga que tienen tal mal pronóstico para sus mentes adultas.

Dawkins asegura que la religión es mala, que es fuente de peligrosos fanatismos, que esto está demostrado por la historia, y que en la actualidad algunos de nuestros principales problemas son causados por la religión. Los principales remedios que propone son que se deje de respetar a la religión, y que se impida su enseñanza a los niños.

Estos argumentos no son nuevos. Nos podemos preguntar, sin embargo, qué tienen que ver con la ciencia. La plataforma desde la cual Dawkins propaga sus ideas es su prestigio como científico y su cátedra de *comprensión pública de la ciencia* en la Universidad de Oxford.

## 2. EL RELOJERO CIEGO

Richard Dawkins se hizo famoso cuando publicó, en 1976, su libro *El gen egoísta*. La tesis central del libro es que los auténticos protagonistas de la evolución son los genes. Los vivientes no somos más que vehículos empleados por los genes para perpetuarse. Nacemos, vivimos durante un breve espacio de tiempo, y morimos. En cambio, los genes van realizando copias de sí mismos y, con pequeñas variaciones, se transmiten de generación en generación. Bailamos al son que tocan los genes.

La idea no era completamente original. Había sido propuesta por dos importantes genéticos del siglo XX, William Donald Hamilton y George C. Williams. Dawkins reconoce expresamente su influencia, y tiene la habilidad de formular de modo brillante y asequible al gran público las ideas de Hamilton y Williams, y de extraer también sus propias consecuencias.

Desde sus primeros escritos Dawkins manifestó una valoración negativa de la religión. Pero esto fue particularmente agudo cuando publi-

có en 1986 su libro *El relojero ciego*, libro que es, al mismo tiempo, una apasionada defensa del darwinismo y un ataque frontal al «argumento del diseño», que lleva desde el orden y la perfección de la naturaleza hasta la necesidad de admitir un Dios personal creador para explicarlos. El título toma pie de un pasaje del teólogo protestante William Paley, gran defensor del argumento del diseño en su libro sobre teología natural publicado en 1802. Quien encontrara un reloj y examinara su estructura y funcionamiento concluiría que debió ser fabricado por un relojero inteligente. Del mismo modo, argumentaba Paley, quien observe la naturaleza deberá concluir que existe un Dios que la ha planeado y guía su funcionamiento. La tesis de Dawkins es que, en efecto, el relojero existe, pero se trata de un relojero ciego: es la selección natural que, de acuerdo con la teoría de Darwin, de modo automático e impersonal pero inexorable se encarga de que desaparezcan los seres menos favorecidos y que sobrevivan aquellos a los que la naturaleza ha dotado de unos genes capaces de construir un organismo mejor adaptado a las exigencias del entorno. La «supervivencia de los mejor adaptados» bastaría para explicar el aparente diseño que nos parece ver en la naturaleza. El subtítulo del libro en su versión americana es muy claro: *Por qué la evidencia de la evolución manifiesta un universo sin diseño*.

De acuerdo con este punto de vista, la selección natural basta para explicar el orden y las maravillas de la naturaleza. Para que no pensemos que pasa por alto esas maravillas, Dawkins dedica un capítulo entero a explicar con gran detalle cómo funciona el radar de los murciélagos, que les permite detectar desde lejos y de noche a sus diminutas presas y hacerse con ellas de modo eficaz y rápido.

*El relojero ciego* tenía antecedentes. Quizás el más famoso fue el libro *El azar y la necesidad*, publicado en 1970 por Jacques Monod, premio Nobel por sus estudios de biología molecular. Entonces Dawkins daba clases en Oxford, y seguramente fue influido por Monod, a quien cita en su prefacio.

Monod argumentaba que en la ciencia no hay lugar para la finalidad. La ciencia se basa en el «postulado de objetividad». Sólo acepta teorías que se puedan contrastar usando experimentos, dejando de lado ideas subjetivas. Monod concluía que la «antigua alianza», que veía en la naturaleza la mano de Dios y encontraba así sentido para nuestras vidas,

se ha roto. De acuerdo con la filosofía existencialista que prevalecía en Francia en aquellos momentos, Monod concluía: «La antigua alianza está rota; el hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del Universo en donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte. A él le toca escoger entre el Reino y las tinieblas»<sup>5</sup>. Evidentemente, para Monod las «tinieblas» eran las ideas religiosas, y el «Reino» era la ciencia.

Cada vez que menciono esta cita, no puedo resistirme a citar a Christian de Duve, que también recibió el premio Nobel por sus trabajos en biología molecular. De Duve acepta la evolución, también acepta la explicación neo-darwinista de la evolución, pero añade que el azar opera dentro de un conjunto de condiciones que le ponen límites, y comenta:

Enfrentados ante la enorme suma de partidas afortunadas tras el éxito del juego evolutivo, cabría preguntarse legítimamente hasta qué punto este éxito se halla escrito en la fábrica del universo. A Einstein, quien en cierta ocasión afirmó que: «Dios no juega a los dados», podría contestársele: «Sí, juega, puesto que El está seguro de ganar». En otras palabras, puede existir un plan. Y éste comenzó con la gran explosión o «big bang».

Semejante punto de vista lo comparten unos, pero no otros. El científico francés Jacques Monod, uno de los fundadores de la biología molecular y autor del libro *El azar y la necesidad*, publicado en 1970, defendía la opinión contraria. «Nuestro número», escribió, «salió en el casino de Monte Carlo». Y apostillaba: «El universo no estaba preñado de vida, ni la biosfera llevaba al hombre en su seno». Su conclusión final refleja el existencialismo estoicamente (y románticamente) desesperante que ganó a los intelectuales franceses de su generación: «El hombre sabe ahora que está solo en la inmensidad indiferente del universo de donde ha emergido por azar».

Todo esto es, por supuesto, absurdo. El hombre ni entra ni sale en ese conocimiento. Lo que sabe —o, al menos, debería saber— es que, con el tiempo y cantidad de materia disponible, ni siquiera algo que se asemejase a la célula más elemental, por no referirnos ya al hombre, hubiese podido originarse por un azar ciego si el universo no los hubiese llevado ya en su seno<sup>6</sup>.

5. J. MONOD, *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Tusquets, Barcelona 1993, 179.

6. Ch. DE DUVE, *La célula viva*, Labor, Barcelona 1988, 357.

Dawkins se sitúa en la línea de Monod y la radicaliza aún más, si cabe, porque la hace más explícita. El misterio de la existencia humana ha dejado de ser un misterio, según Dawkins, porque finalmente sabemos que no hay nada más allá de lo que nos explican la física y la biología. Evidentemente esto es un salto mortal, porque nadie nos puede garantizar que no hay nada más allá de lo que podemos conocer mediante la física y la biología. Pero Dawkins es combativo. Advierte que sus argumentos son apasionados, y que se comporta como un abogado que intenta convencer de que tiene razón. Además, sabe ciencia y es brillante. La mayoría de los lectores experimentarán dificultades para ponerse a su nivel. Utiliza comparaciones y metáforas persuasivas, como la del «relojero ciego», y explica de modo bastante convincente los argumentos a favor del darwinismo.

Por ejemplo, deja claro que la selección natural es un proceso acumulativo. No se trata de que las variaciones genéticas al azar sean aceptadas o descartadas de una vez por la selección natural. Las ventajas se van acumulando, de modo que la selección natural actúa sobre unas variaciones ventajosas que se van acumulando. Cosas que no se explican si se piensa que se produjeron de golpe, podrían explicarse si tenemos en cuenta que la selección natural actúa sobre la base de las ventajas que se han acumulado previamente. Para mostrarlo, Dawkins utiliza un ejemplo sencillo. Supongamos que un mono teclea en un ordenador al azar. ¿Qué probabilidades existen de que acabe escribiendo una frase entera como «Pienso que es una comadreja», sacada de Shakespeare? Aparentemente, las probabilidades son nulas. El mono podría pasarse siglos intentando, y nunca acabaría de escribir una frase entera con sentido. Pero Dawkins muestra que la aventura puede acabar bien. Utilizó un programa de ordenador que incluía las letras necesarias para escribir esa frase. Puso al ordenador a escribir frases y a seleccionar las que más se parecieran a la frase deseada. Por este sencillo procedimiento, consiguió que el programa llegara a la dichosa frase bastante pronto, al cabo de unos 40 intentos en los que se producían frases cada vez más próximas al objetivo. El programa se hizo famoso, y se vendía con las ediciones posteriores del libro. Dawkins advierte que el ejemplo no es perfecto, porque la selección natural no actúa teniendo en cuenta un fin al que llegar. Pero en medio de su persuasivo razonamiento y del programa de ordenador, el lector fácilmente pasa esto por alto y queda convencido de

que, efectivamente, la selección natural es un relojero ciego capaz de producir las maravillas que contemplamos en la naturaleza de modo automático, sin necesidad de nadie que planifique ni gobierne.

Lo más importante es advertir que Dawkins, como tantos otros, plantea la acción de las causas naturales y la acción de Dios como si estuvieran en el mismo plano y fueran contrarias. Habría que elegir: o las unas o la otra. Pero la dicotomía es falsa. Dios actúa ordinariamente a través de las causas naturales que Él mismo ha establecido y a las que ha dotado de leyes propias. Que las maravillas de la naturaleza lleven a Dios no quiere decir que se excluyan las causas naturales, la evolución, la selección natural, e incluso el azar que todo esto implica. Para Dios no hay azar, porque es la Causa Primera que da el ser a todo lo que existe. Se puede admitir, al mismo tiempo, la explicación de la evolución mediante mutaciones genéticas y selección natural, y la acción de Dios creador que gobierna el mundo con su providencia.

Esto no es ninguna novedad. A finales del siglo XIX, diversos autores cristianos lo hicieron notar. John Zahm, Sacerdote y Profesor de Ciencias en la Universidad de Notre Dame en los Estados Unidos, publicó en 1896 su libro *Evolución y dogma*. Allí argumentaba a favor de la compatibilidad de evolución y cristianismo<sup>7</sup>. Zahm sugería que la evolución todavía lleva a un argumento del diseño más interesante que el antiguo, porque el desarrollo de la evolución a través de una enorme serie de pasos a través de muchos millones de años supone que, en cada paso, han existido las posibilidades imprescindibles para pasar a los pasos siguientes, lo cual puede llevar a pensar en un plan divino mucho más sofisticado de lo que sería una creación súbita y repentina.

El ya citado premio Nobel Christian de Duve acepta el neo-darwinismo pero añade: «el azar no operó en el vacío. Actuó en un universo gobernado por leyes precisas y constituido por una materia dotada de propiedades específicas. Estas leyes y propiedades ponen coto a la ruleta evolutiva y limitan los números que pueden salir»<sup>8</sup>. Desde Zahm a de Duve, muchos pensadores han colocado la evolución en un marco más amplio en el que tienen cabida el plan divino y la finalidad.

7. J.A. ZAHM, *Evolution and Dogma*, D.H. McBride, Chicago 1896.

8. Ch. DE DUVE, *La célula viva*, cit., 356-357.

### 3. GENES, MEMES Y VIRUS

Los auténticos protagonistas de la historia de la vida, según Dawkins, son los genes. La evolución favorece los genes que producen organismos mejor adaptados. El éxito de *El gen egoísta* fue acompañado por una nueva idea: los *memes*. Los genes son replicadores biológicos, producen copias de sí mismos y las transmiten a otros organismos. Los *memes* son replicadores culturales. Un libro, una frase, una metáfora, que tienen el potencial de copiarse y transmitir su contenido, desempeñan en el mundo humano de la cultura un papel análogo al que desempeñan los genes en la biología. A través de los memes, Dawkins extendió su perspectiva darwinista a un ámbito mucho más amplio que el biológico. El mundo de la cultura se podría explicar también mediante un darwinismo ampliado, o sea, mediante la reproducción, competencia y lucha por la supervivencia de los memes.

La palabra *meme* está formada por combinación de las palabras inglesas *gene* y *memory*. En un principio Dawkins no pretendía llevar la idea demasiado lejos. La propuso, en el último capítulo de *El gen egoísta*, para mostrar que los genes no eran los únicos replicadores. Pero la idea fue más allá de lo esperado. Encontró entusiastas que comenzaron a sacarle partido, y en algunos casos se ha llegado a hablar de una nueva ciencia de los memes, o *memología*. En alguna ocasión Dawkins ha comentado que quizás algunos exageren, aunque se encuentra feliz viendo que el diccionario Oxford ha recogido su invento y ha añadido el término *meme* a su repertorio<sup>9</sup>.

Lo más interesante aquí es que Dawkins emplea su idea de los memes para atacar a la religión. Identifica la religión con memes «malos», y los denomina «virus de la mente».

*El capellán del diablo* contiene 32 ensayos distribuidos en 7 secciones. La idea central de la tercera sección es, precisamente, que la religión es un peligroso *virus de la mente*, que causa, en la persona religiosa, una *mente infectada*. Dawkins insiste en que este virus se transmite ordinariamente de padres a hijos, de modo que se suele adquirir la infección

9. Puede verse: S. BLACKMORE, *The Meme Machine*, Oxford University Press, Oxford 2000.

cuando se es pequeño, una época en la que se necesita creer y confiar, y existe una disposición para ambas cosas. El ensayo final de esa sección es fuertemente anti-religioso, acusando a la religión del ataque a las Torres Gemelas. Dawkins dice de ese ensayo que «posee un tono más colérico que el que por lo común adopto», y lo justifica porque «lo escribí inmediatamente después de las atrocidades religiosas perpetradas en Nueva York el 11 de septiembre de 2001»<sup>10</sup>.

En la introducción a esa sección tercera, Dawkins muestra a las claras su visión negativa de la religión:

Desde 1976, siempre he pensado que las religiones proveen los mejores ejemplos de memes y complejos de memes... En *Virus de la mente* he desarrollado este tema de las religiones como parásitos mentales, así como la analogía con los virus informáticos... En ocasiones, el describir a las religiones como virus mentales se interpreta como algo despreciativo o, incluso, hostil. Es ambas cosas<sup>11</sup>.

Dawkins usa la definición de *meme* tal como aparece en el diccionario Oxford, como un elemento autorreplicador de la cultura que se transmite por imitación. Aplica esa idea a la transmisión de la religión a los niños, y describe siete síntomas de la «enfermedad». Los tres primeros están relacionados: la fe es una convicción completamente ajena a la evidencia o a la razón; la falta de evidencia es una virtud; el misterio es una cosa buena. Está claro que Dawkins no realiza ningún esfuerzo para analizar objetivamente la religión, y que se complace en ridiculizar y criticar las peores versiones disponibles, auténticas caricaturas de una religión seria. Los otros síntomas son todavía menos edificantes: la persona religiosa, a la que califica como el paciente, puede comportarse de modo intolerante con los partidarios de una fe rival, llegando a matarles.

Es obvio que Dawkins supersimplifica el problema religioso. Hoy día, al menos en el mundo occidental, las autoridades religiosas suelen ser muy tolerantes y defienden con entusiasmo a los débiles. Dawkins lo advierte, pero lo cuenta como manifestación de un síntoma que había diagnosticado previamente, o sea, el engaño de que la fe debe ser respetada simplemente porque es fe. De este modo Dawkins utiliza un argumento

10. R. DAWKINS, *El capellán del diablo*, 165.

11. *Ibid.*, 163-164.

que el filósofo de la ciencia Karl Popper calificaba como pseudo-ciencia: una doctrina se presenta como razonable y basada en argumentos pero, al encontrarse con datos contrarios, los interpreta caprichosamente para evitar la crítica. El argumento de Dawkins viene a ser: «Si tú eres religioso, eres intolerante; y si eres tolerante, eso se debe a algún motivo oculto y peligroso». Es imposible argumentar con una actitud tan dogmática.

Dawkins insiste en que la religión es probablemente un «accidente del nacimiento». Cuando eso no sucede, tiene preparada otra explicación: es estadísticamente probable que uno haya estado expuesto a un agente particularmente activo de infección, tal como la fuerte personalidad de un líder. De este modo se elimina el valor de la religión. Pero, si se acepta este argumento, algo semejante se podría decir de muchas ideas culturales. A la vez que adquieren ideas sobre religión, los niños también las adquieren acerca de todo tipo de cosas, desde la higiene personal hasta la educación en el comportamiento. ¿Se tratará también de patologías mentales? Es un tipo de argumento poco original.

Pero, ¿qué sucede con la ciencia? Es un conjunto de ideas sobre el mundo, lo enseñamos a los niños, y ellos tienden a aceptarlo. ¿Será también un virus de la mente? Ésta es la respuesta de Dawkins:

Las ideas científicas, como todos los memes, están sujetas a cierto tipo de selección natural y esto podría parecer, de manera superficial, semejante a los virus. Pero las fuerzas selectivas que examinan las ideas científicas no son arbitrarias ni caprichosas. Son reglas exigentes, bien pulidas y no favorecen las conductas sin más sentido que el beneficio propio. Estas reglas favorecen todas las virtudes que se han mencionado en los libros habituales de metodología: contrastabilidad, apoyo en la evidencia, precisión, posibilidad de cuantificación, coherencia, intersubjetividad, repetibilidad, universalidad, carácter progresivo, independencia del medio cultural y otras. La fe se difunde a pesar de la falta total de siquiera una de estas virtudes... Para las creencias científicas, la epidemiología sólo aparece después y describe la historia de su aceptación. Para las creencias religiosas, la epidemiología es la causa básica<sup>12</sup>.

Casi todo el mundo aceptará, con Dawkins, que la buena ciencia es contrastable, cuantificable, y que posee las características recién men-

12. *Ibid.*, 200-201.

cionadas. Pero eso nada tiene que ver con que contradiga a la religión, o que la religión carezca completamente de esas características. Si, como parece, Dawkins afirma que fuera de la ciencia no podemos encontrar verdades respetables, eso ya no es ciencia, sino científicismo.

Utilizando la idea de Dawkins, podemos decir que el científicismo es un meme. Se han escrito libros enteros para describirlo; enteras corrientes de pensamiento lo han abrazado; gurús carismáticos lo han defendido. El científicismo es una creencia que sirve muy bien a sus partidarios, asegurándoles que solamente la ciencia proporciona un paradigma válido de conocimiento. Sin embargo, el científicismo es una ideología que se autodestruye. Lo que afirma no es consecuencia de ninguna investigación científica; por el contrario, se encuentra en el ámbito de lo que dice que no existe. La pretensión de que no existe conocimiento válido *fuera* de la ciencia no puede ser defendida desde *dentro* de la ciencia. Se trata de un error filosófico elemental, como el de un niño que pretendiera que sólo existen los que viven en su casa porque él no conoce a nadie más.

Cuando reflexionamos sobre la ciencia, sus objetivos, su valor, sus límites, no estamos haciendo ciencia sino filosofía. Esto puede ser malo para los profetas del científicismo que rechazan la filosofía, pero no hay manera de evitarlo. Dawkins es un buen científico y un brillante comunicador, y seguramente habría sido un eficaz abogado o político, pero no parece darse cuenta de que es bastante pobre como filósofo, por no decir nada como teólogo.

Es bastante enigmático cómo un científico puede llegar a ser científicista, porque la ciencia y el científicismo son incompatibles. La ciencia debe su éxito en gran parte a que adopta puntos de vista particulares, evitando preguntas que caen fuera de su ámbito. Los científicos se concentran en asuntos muy específicos y utilizan métodos rigurosos para estudiarlos, evitando extrapolaciones y generalizaciones injustificadas. En cambio, el científicismo es una generalización sin base, una mala filosofía que se presenta como ciencia o como una consecuencia de la ciencia. Utilizando la terminología de Dawkins, el científicismo es un *virus de la mente*. Muchos científicos lo son, probablemente, de modo un tanto accidental e inconsciente. Pero cuando el científicismo se adopta seriamente, se convierte en una especie de cuasi-religión que propor-

ciona un sentido a la vida y un ideal por el que luchar. La conversión a ese robusto científicismo habitualmente se debe a dos factores: desilusión con alguna forma de religión, y descubrimiento de que la ciencia es maravillosa y parece proporcionar sentido y valores además de conocimiento.

Ciertamente, existen importantes valores que se encuentran asociados con el trabajo científico, y el progreso de la ciencia contribuye a propagarlos: basta pensar en la búsqueda de la verdad, la objetividad, el rigor, la modestia intelectual, la cooperación<sup>13</sup>. El progreso en el mundo contemporáneo refleja, en aspectos cruciales, algunos valores de la ciencia. Pero se puede trabajar en ciencia mezclando esos valores con otros intereses extracientíficos.

Dawkins señala repetidamente y con entusiasmo que existen diversas religiones, y concluye que ninguna de ellas es fiable. Pero las mismas ideas científicas de Dawkins son objeto de debate y eso no significa que no se pueda argumentar seriamente sobre ellas. Dawkins parece ignorar que existen muchos intelectuales, incluyendo profesores que son colegas suyos en Oxford como Keith Ward, Alister McGrath y Richard Swinburne, cuyas ideas religiosas van acompañadas por reflexiones serias y argumentos basados en la evidencia.

Existe, sin duda, gran diferencia entre la unanimidad que suele acompañar a la ciencia y la diversidad de religiones. Pero existe un motivo. Alcanzamos la unanimidad de la ciencia cuando estudiamos pautas repetibles del mundo natural. Sólo entonces se pueden realizar experimentos repetibles, controlados y predecibles. Es lógico que cuando abordamos los problemas relacionados con el sentido y las realidades espirituales sea más difícil alcanzar un consenso. Cuando insistimos en la contrastabilidad, el control experimental, la cuantificación, la repetibilidad, etc., deberíamos advertir que estamos confinando nuestro estudio a las realidades que pueden ser estudiadas de acuerdo con esos criterios. Y esto nada tiene que ver con el científicismo que pretende imponer sus orejeras a la mente humana, negando el valor de otras exploraciones.

13. M. ARTIGAS, *La mente del universo*, Eunsa, Pamplona 1999, cap. 7: «Valores científicos», 341-400.

Sir Arthur Stanley Eddington (1882-1944), astrónomo real, en su libro *Filosofía de la ciencia física* de 1939, utilizó la comparación del ictiólogo, que puede resultar ilustrativa en este contexto:

Supongamos que un ictiólogo se dispone a estudiar la vida en el océano y que para esto comienza por echar la red. Obtiene así una redada. Al observarla y tratar de sistematizar sus observaciones procede de un modo análogo al del hombre de ciencia.

El ictiólogo llega así a dos conclusiones:

1. La longitud de todos los animales del mar es de más de cinco centímetros.
2. Todos los animales del mar tienen branquias.

Estas conclusiones son ciertas respecto de su redada, y hace la hipótesis provisional de que también serán ciertas cualquiera sea el número de veces que eche la red.

En esta comparación que estamos haciendo la redada representa el conjunto de conocimientos que constituye la ciencia física y la red el sistema de nuestras capacidades respectivas sensoriales e intelectuales que usamos para obtener dichos conocimientos. Siguiendo con la comparación, el echar la red corresponde a la observación, pues todo conocimiento que no pueda obtenerse mediante la misma no es considerado como conocimiento físico.

Un espectador podría hacer al ictiólogo la objeción de que la primera de sus conclusiones es incorrecta. «Hay, le diría, una gran cantidad de animales en el mar que tienen una longitud menor de cinco centímetros, y usted no los ha visto porque su red no sirve para cogerlos». El ictiólogo rechaza esta objeción con menosprecio diciendo: «Cualquier objeto que mi red no pueda coger está *ipso facto* fuera del objeto del conocimiento ictiológico y no forma parte del conjunto de los peces que han sido definidos como el objeto del conocimiento ictiológico. En resumen: lo que mi red no puede coger no forma parte del mundo de los peces». O, traduciendo la analogía: «A menos que esté usted haciendo adivinanzas, pretende un conocimiento del universo físico obtenido de un modo distinto al de la aplicación de los métodos de las ciencias físicas y además reconocidamente inverificables por esos mismos métodos. ¡Vamos! ¡Usted es un metafísico!»<sup>14</sup>.

14. A.S. EDDINGTON, *La filosofía de la ciencia física*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1956, 30-31.

Dawkins piensa que ciencia y religión son empresas opuestas e incompatibles. Reconoce que «la ciencia no posee ningún medio para refutar la existencia de un ser superior», pero, siguiendo a Bertrand Russell, compara esto con la posición según la cual «debemos ser igualmente agnósticos acerca de la teoría de una tetera de porcelana en órbita elíptica alrededor del Sol». Sugiere que, si existen razones para pensar que un ser supremo es más plausible que la tetera celestial, «si son legítimas, se trata de argumentos científicos propiamente dichos, los cuales deberían ser evaluados por sus méritos»<sup>15</sup>. Pero, ¿por qué sólo podrían admitirse *argumentos científicos* a favor de la existencia de Dios, si se trata de un asunto que, como el mismo Dawkins reconoce, cae fuera del ámbito de la ciencia?

Este tipo de argumentos está en el nivel de los chicos que discuten sobre cuál de sus padres es más fuerte. Dawkins todavía se mete más adentro en el lodazal de la falta de lógica cuando añade: «Todos somos ateos con respecto a la mayoría de los dioses en los cuales la humanidad ha creído alguna vez. Algunos de nosotros, simplemente, vamos un dios más allá que el resto»<sup>16</sup>. Podríamos añadir un comentario que sería igualmente sinsentido: todos somos ateos con respecto a la mayoría de las teorías científicas que se han admitido alguna vez.

El agnóstico Stephen Jay Gould, famoso evolucionista y escritor de la Universidad de Harvard, mantuvo serias peleas con Dawkins. Gould intentaba establecer paz entre ciencia y religión asignándoles dominios separados, un esquema que denominó «magisterios que no se superponen». Dawkins no es el único que se opuso a esa iniciativa: «En todo caso, la creencia de que la ciencia y la religión ocupan magisterios separados es deshonesta», escribe. Ciertamente no parece difícil admitir que existen algunos solapamientos. Pero no parece admisible la aplicación de Dawkins a esos casos cuando escribe que los milagros «son una patente intrusión en el territorio científico». Menciona milagros cristianos como la Inmaculada Concepción, la resurrección de Jesús y la de Lázaro, y comenta: «Cada uno de estos milagros equivale a una afirmación científica, a una violación del funcionamiento normal del mundo natural. Los teólogos, si es que desean ser honestos, deberían hacer su

15. R. DAWKINS, *El capellán del diablo*, 207-208.

16. *Ibid.*, 208.

elección»<sup>17</sup>. Pero se trata de una exigencia extraña, ya que ninguno de esos milagros implica una pretensión científica. Suponen el desarrollo normal del mundo natural, tal como lo estudia la ciencia, y en cuya ausencia no se trataría de auténticos milagros.

Todo esto no equivale a una prueba que establezca la credibilidad de los milagros. Simplemente muestra que los ataques de Dawkins en su cruzada científicista carecen de base.

#### 4. CRITERIOS DE VERDAD

El último ensayo de *El capellán del diablo* es una carta dirigida por Dawkins a su hija Julieta con ocasión de su décimo cumpleaños. Se titula *Buenas y malas razones para creer*. No puede sorprender que las buenas razones sean las que se basan en la evidencia, incluyendo muchos ejemplos tomados de la ciencia, y que las malas razones sean las basadas en la tradición, la autoridad y la revelación, que son razones usadas por la religión.

La carta a Julieta es elocuente, y muestra la habilidad retórica de Dawkins. Explica a Julieta el método científico en pocas palabras, y enseguida pasa a su ataque a la religión. Los niños, dice, creen lo que se les dice, lo cual significa cosas bastante incompatibles en las diferentes religiones. La tradición significa que la gente cree algo simplemente porque la gente lo ha creído durante siglos. La gente religiosa, dice a Julieta, con frecuencia hace la guerra por causa de sus desavenencias. La autoridad significa que se cree algo solamente porque alguna persona importante dice que es verdadero. La revelación es sospechosa porque se basa en experiencias personales dudosas. Millones de gente creen cosas muy diferentes que no pueden ser verdaderas a la vez; creen en su religión local porque es donde han nacido<sup>18</sup>. Desde luego, el mismo Dawkins que niega el derecho de los padres a educar a sus hijos en la religión no parece tener ningún problema con que los padres eduquen a sus hijos en el ateísmo.

17. *Ibid.*, 208-209.

18. *Ibid.*, 329-336.

Dawkins no concede ningún valor positivo a la religión, y parece implicar que la gente inteligente no puede ser religiosa, ya que la religión no es sino un prejuicio transmitido a los niños mediante infección. La verdad y la evidencia pertenecen a la ciencia. «Como amante de la verdad», escribe, «sospecho de toda creencia que sea sostenida con firmeza y no esté apoyada por evidencia: las hadas, los unicornios, los hombres lobo»<sup>19</sup>. Dawkins no parece respetar a sus colegas de Oxford que sostienen que la creencia en Dios no es lo mismo que la creencia en hadas.

Pero Dawkins tiene una idea de Dios que no está demasiado bien formulada. En *Escalando el monte improbable* escribe:

Cualquier Diseñador capaz de construir la deslumbrante gama de seres vivos tendría que ser inimaginablemente inteligente y complicado, y complicado es otra manera de decir improbable (y por lo tanto sigue requiriendo una explicación). Un teólogo que replica que su dios es simple hasta lo sublime no hace más que eludir (no mucho) la cuestión, pues un dios lo bastante simple, fueran cuales fueran las demás virtudes que pudiera tener, sería demasiado simple para diseñar un universo (por no decir nada de perdonar los pecados, responder a las oraciones, bendecir uniones, transustanciar el vino y los otros muchos y diversos logros que se esperan de él). No se puede repicar y andar en la procesión. O bien nuestro dios es capaz de diseñar mundos y hacer todas las demás cosas divinas, en cuyo caso *necesita* una explicación por derecho propio, o no lo es, en cuyo caso no puede *proporcionar* una explicación<sup>20</sup>.

Aquí Dawkins confirma su falta de familiaridad con la teología, pasando por alto que el Dios de la fe abrahámica siempre ha sido concebido como un ser cuya existencia no depende de ningún otro ser. En esta perspectiva, Dios es la fuente de todos los seres creados, perfección infinita que no tiene ningún problema para realizar lo que Dawkins le atribuye y muchas otras cosas por el sencillo motivo de que todo lo que existe depende de Él en su ser. Dawkins también parece olvidar los criterios de verdad que él mismo ha establecido, conformándose con razonamientos demasiado superficiales.

19. *Ibid.*, 164.

20. R. DAWKINS, *Escalando el monte improbable*, Tusquets, Barcelona 1996, 91.

## 5. TRES ARGUMENTOS CONTRA LA RELIGIÓN

H. Allen Orr, Profesor de Genética Evolutiva en la Universidad de Rochester (Nueva York), comenta a propósito de *El capellán del diablo*:

La pasión de Dawkins por la evolución quizás sólo es igualada por su odio hacia la religión. De hecho, Dawkins se ha alineado tan frecuentemente contra la religión que su reputación como adversario de Dios puede igualar ahora prácticamente a su reputación como promotor de la ciencia. *El capellán del diablo* deja poco espacio para dudar que esa reputación es merecida. Argumentando que quienes hasta ahora han disimulado su desprecio por la religión deben hablar claro, Dawkins se encuentra a sus anchas. Anuncia que la religión es un «engaño colectivo peligroso» y una «infección maligna». Reconociendo que su posición puede parecer «despreciativa e incluso hostil», insiste en que «es ambas cosas». Preguntado por qué es tan contrario a la religión organizada, responde que tampoco es especialmente partidario de la religión desorganizada. En efecto: «Pienso que se puede argumentar que la *fe* es uno de los males mayores del mundo, comparable a la viruela pero más difícil de erradicar»<sup>21</sup>.

Orr analiza los argumentos de Dawkins contra la religión en tres pasos. El primer argumento es que «la religión es completamente falsa». Entonces, ¿por qué la gente cree esas falsedades? Ya hemos encontrado la respuesta de Dawkins: son memes, *virus de la mente* que se transmiten principalmente por tradición a los niños pequeños, y mediante la influencia de personalidades poderosas en el caso de los adultos. En cambio, las ideas científicas se encuentran apoyadas por la contrastabilidad, precisión, cuantificabilidad, y otros criterios científicos. Orr comenta:

Confieso que encuentro este argumento asombroso. ¿Por qué deberían contar los criterios científicos para decidir lo que constituye un meme «bueno y útil»? ¿Por qué no buenos y útiles los que nos hacen felices, o nos proporcionan un sentido de plenitud, o aumentan las probabilidades de tener amigos cooperativos? En todo caso, estos criterios parecerían más naturales que los de Dawkins. Pero el punto más importante es que *no existen* criterios naturales. Lo importante acerca de los memes es que un meme es bueno si aumenta su frecuencia o período.

21. H.A. ORR, «A Passion for Evolution» (recensión de *El capellán del diablo*), *The New York Review of Books*, vol. 51, n. 3 (26 de febrero de 2004), 28.

Nosotros, como memeticistas de salón, somos libres para dividir los memes entre los que son «útiles» y los que no lo son, pero alguien tiene que decidir: ¿útiles para qué? ¿Para describir la naturaleza? La ciencia es un meme útil. ¿Para construir una comunidad? La religión es un meme útil. Al final, el argumento de Dawkins de que la religión es un virus se parece demasiado a una tautología<sup>22</sup>.

La advertencia de Orr es real. Dawkins no examina la verdad de la religión, simplemente da por supuesta su falsedad *porque* no se ajusta a los criterios de la ciencia empírica. Pero, ¿por qué habría de juzgarse por esos criterios? ¿Hay algún motivo por el que debemos aceptar un cientificismo que es filosóficamente contradictorio y auto-destructivo? Actuamos correctamente cuando examinamos las razones para aceptar las afirmaciones religiosas, pero eso no significa que deban estar en la misma línea de los criterios que utilizamos al estudiar los fenómenos naturales. Si existe Dios, por lo general no lo encontraremos como el final de la investigación científica. Y otras afirmaciones religiosas más específicas son todavía menos susceptibles de investigación científica. Ningún experimento científico llevará nunca a la conclusión de que somos hijas o hijos de Dios, de que Cristo es el Hijo de Dios, de que debemos amarnos unos a otros, y así sucesivamente. Esas afirmaciones no son «afirmaciones científicas sin apoyo»; simplemente no son afirmaciones científicas.

Dawkins insiste en que las afirmaciones religiosas deberían ser evaluadas con los métodos de la ciencia porque piensa que, en definitiva, son afirmaciones científicas. Pero, por lo general, no lo son.

El segundo argumento presentado por el capellán del diablo es que la religión es la raíz de muchos males. Orr comenta:

La historia de Dawkins parece curiosamente Victoriana. En su empeño de mostrar que la religión es causa de muchos males, debe enfrentarse al desagradable hecho de que el siglo veinte ha sido en gran parte una crónica de mal *secular*. Stalin, Mao, y Pol Pot eran ateos, y Hitler no era especialmente piadoso. Dawkins trata este problema de un modo sencillo: lo ignora. Excepto por una mención a Hitler, deja de lado lo que, se podría decir, es una lección clave del siglo veinte —que las ideologías seculares, incluyendo las ateas, inspiran atrocidad y genocidio tan fácilmente como cualquier credo religioso—. Y es notable cómo Daw-

22. *Ibid.*, 29.

kins trata a Hitler. Argumenta: por favor, no presenten a Hitler como contraejemplo, añadiendo que Hitler nunca renunció a su catolicismo romano, y citando un discurso poco conocido en el cual el futuro Führer subrayaba que era un buen cristiano. El robusto escepticismo de Dawkins parece fallarle aquí, y calla la interpretación obvia —que Hitler sabía cómo manipular a los católicos—. Lo importante no es que las ideas religiosas lleven a veces, directa o indirectamente, al mal. A veces lo hacen. Lo importante es que no tienen el monopolio: ideas nacionalistas (el fascismo italiano), económicas (el trabajo de los niños), e incluso científicas (la eugenesia), han tenido horribles consecuencias. En el último caso, Dawkins seguramente argumentaría que ha sido el *abuso* de la ciencia lo que ha llevado a actuaciones malas (esterilización forzosa, políticas racistas de inmigración), y yo estaría de acuerdo. Pero si se permite esta maniobra a la ciencia, es poco claro por qué no se permite también a la religión: ¿Quiso Jesús realmente las cruzadas?<sup>23</sup>.

No hace falta añadir nada más.

El tercer argumento de Dawkins se refiere a la supuesta oposición histórica entre ciencia y religión. Orr utiliza los estudios recientes<sup>24</sup> cuando comenta: «La impresión popular de que ha habido una larga guerra entre la Iglesia y la ciencia —en la cual una institución ignorante combatió los intentos de la ciencia naciente para escapar de las Edades Oscuras— no tiene sentido, es poco más que propaganda Victoriana». Orr concluye que «el asunto es mucho más complejo —y mucho más sutil— de lo que permiten los argumentos de Dawkins»<sup>25</sup>.

¿Se encuentra Dawkins obsesionado por acabar con la religión, o se trata sólo de uno de los muchos temas en sus estudios? Lo caritativo sería pensar lo segundo, pero la evidencia apunta hacia lo primero. Es notable su libro *The Ancestor's Tale*, publicado el año 2004. Se trata de una voluminosa descripción, que comprende 673 páginas, de 40 pasos que conducen desde las eubacterias hasta el *homo sapiens*, bajo el subtítulo *Una peregrinación al alba de la evolución*. El índice registra cuatro

23. *Ibid.*

24. Ver: D.C. LINDBERG y R.N. NUMBERS (eds.), *God and Nature. Historical Essays on the Encounter between Christianity and Science*, University of California Press, Berkeley 1986; J.H. BROOKE, *Science and Religion. Some Historical Perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge 1991; G.B. FERNGREN (ed.), *Science and Religion: A Historical Introduction*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore 2002.

25. H.A. ORR, «A Passion for Evolution», 29.

breves referencias a la religión, prácticamente nada. El lector puede encontrarse sorprendido al darse cuenta de que, en los últimos párrafos del libro, Dawkins ha colocado un ataque gratuito a la religión, que no se relaciona con el resto del libro. Dawkins canta las maravillas de la vida a lo largo de todo el libro y, de golpe, presenta una retórica anti-religiosa que surge de la nada. Se refiere al subtítulo del libro diciendo:

«Peregrinación» implica piedad y reverencia. No he tenido ocasión aquí para mencionar mi impaciencia hacia la piedad tradicional, y mi desprecio por la reverencia cuando se dirige hacia algo sobrenatural... Mi objeción a las creencias sobrenaturales es precisamente que fallan miserablemente a hacer justicia a la grandeza sublime del mundo real. Representan una perspectiva estrecha de la realidad, un empobrecimiento de lo que el mundo real tiene para ofrecer<sup>26</sup>.

Pero se trata de una afirmación extraña. Los creyentes han razonado durante siglos a partir del asombroso poder y de la belleza del mundo natural hasta llegar a Dios como el creador de ese mundo. Los filósofos han debatido si es razonable pensar que un mundo así puede tener en sí mismo las razones de su propia existencia. Paradójicamente, Dawkins dice que el mundo está tan lleno de mal que no puede ser la creación de Dios. ¿Cuál es, entonces, su verdadera visión del mundo? ¿Es maravilloso o malo? ¿Cómo puede ser a la vez tan malo que no podría ser la obra de un creador amoroso, y tan maravilloso que deja pequeñas a las reflexiones religiosas sobre la creación?

Alister McGrath, teólogo de Oxford, ha publicado un libro entero dedicado a analizar y criticar las ideas de Dawkins sobre la religión<sup>27</sup>. Le acusa de tratar a la teología de modo superficial e inexacto, y de deformar los puntos de vista de sus adversarios, demonizando las ideas contrarias a las suyas que son presentadas del modo más ingenuo.

No es fácil determinar a qué responde la actitud de Dawkins, porque él proporciona muy pocos datos de su propia biografía. En cualquier caso, parece que Dawkins interpreta el darwinismo como una especie de religión secularista que sustituye, con ventaja desde su punto de vista, a

26. R. DAWKINS, *The Ancestor's Tale. A Pilgrimage to the Dawn of Evolution*, Houghton Mifflin, Boston 2004, 613-614.

27. A. MCGRATH, *Dawkins' God. Genes, Memes, and the Meaning of Life*, Blackwell, Oxford 2005.

la religión tradicional. En la obra colectiva *La tercera cultura*, editada por John Brockman (que es el agente literario de Dawkins), se contiene la siguiente declaración de Dawkins: «Soy darwinista porque creo que las únicas alternativas son el lamarckismo o Dios, ninguna de las cuales sirve como principio explicativo»<sup>28</sup>. Pero lo que el darwinismo o el lamarckismo pretenden explicar es biología, y Dios es un principio explicativo de otro tipo. Dios es compatible con la biología. Es decepcionante comprobar que un miembro de la Royal Society, brillante científico y autor de best sellers, se mueve en un marco ideológico tan confuso, y que además lo relaciona con la ciencia: «Algunos me consideran un fanático», escribe Dawkins. «Esto se debe en parte a un apasionado rechazo contra prejuicios religiosos fatuos que considero funestos. Como científico, mi fanatismo nace de un profundo compromiso con la verdad»<sup>29</sup>. Pero es un extraño compromiso con la verdad el que lleva a arrasar sin contemplaciones cualquier argumento que pueda presentar a la religión bajo algún aspecto positivo, y a presentar este tipo de razonamientos como relacionado con la ciencia, precisamente en una época en la que científicos y teólogos admiten generalmente que ciencia y religión pertenecen a ámbitos diferentes y complementarios. Además, al convertir el darwinismo en una especie de religión, Dawkins está haciendo un flaco servicio a la ciencia, porque da pie a los excesos de signo contrario que, para defender la religión, se creen en la obligación de atacar a la ciencia, perpetuando de este modo un falso conflicto que no hace más que contribuir a la contaminación del ambiente intelectual.

Mariano ARTIGAS  
Facultad Eclesiástica de Filosofía  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA

28. R. DAWKINS, «Una máquina de supervivencia», en J. BROCKMAN (ed.), *La tercera cultura. Más allá de la revolución científica*, Tusquets, Barcelona 1996, 79.

29. *Ibid.*